

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

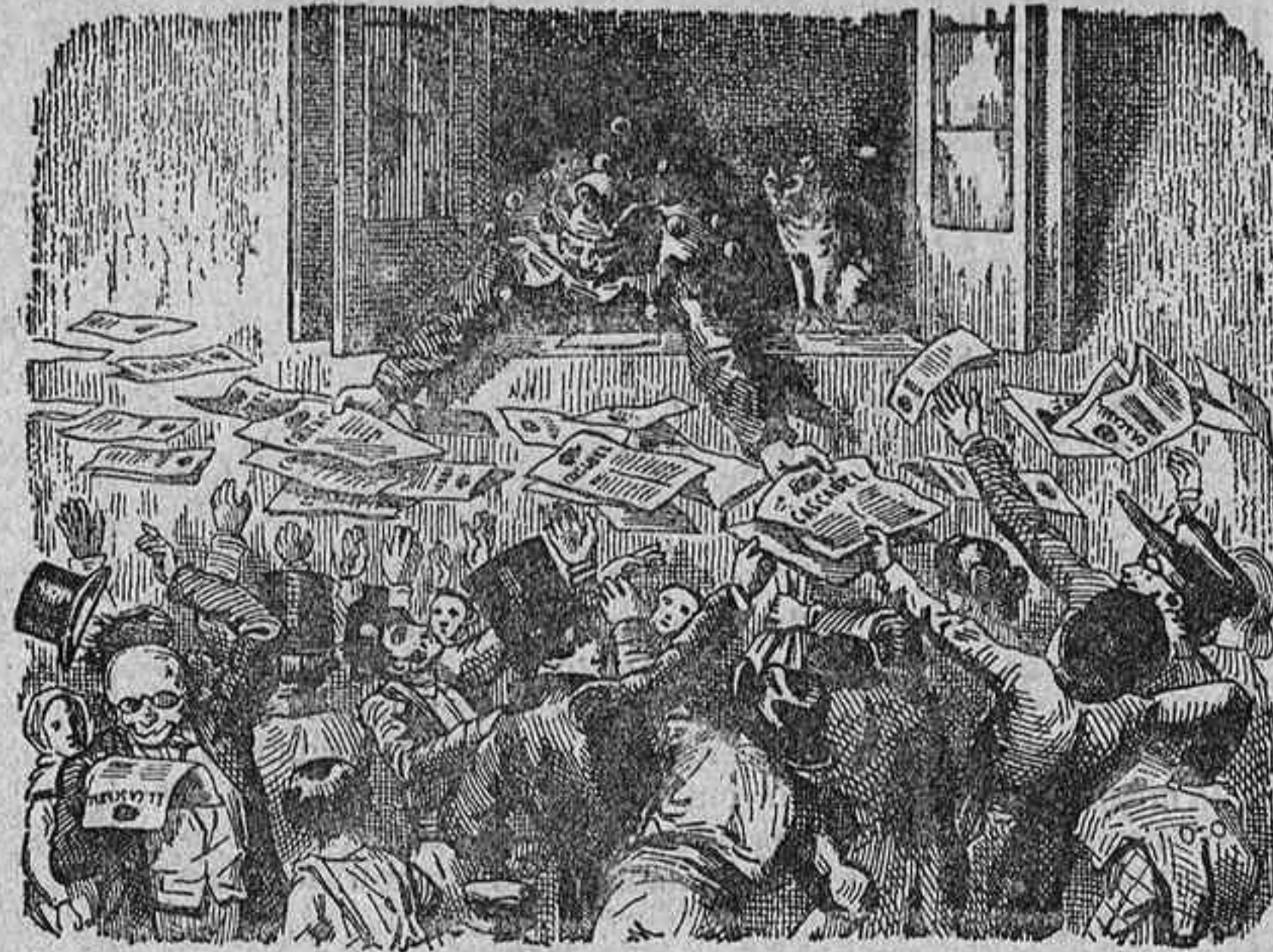
Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16 .
Un año. 30 .

PROVINCIAS.

Tres meses. 10rs.
Seis id. 18 .
Un año. 34 .

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES:

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses. 22 rs.
Seis id. 38 .
Un año. 74 .

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.

Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses 38 rs
Un año 70 .

FILIPINAS.

Seis meses. 60 rs
Un año. 110 .

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

COSTUMBRES POPULARES.

HOJAS DE UN SOUVENIR.

(Cuento histórico.)

I.

Hace algunos años apeábase por la cola de una diligencia, en un parador de Granada, un ilustrado viajero, literato, parisiense de pura raza, encargado de reflejar en *La vuelta al mundo* las costumbres españolas.

No bien le entregaron su equipaje, cuando un nube de muchachos mandaderos cayó sobre él, tomando cada cual su carga, carga que no pesaría mucho por cierto al que solo tomó acuestas el paraguas ó el baston.

—¿Adónde vamos, señorito? preguntó muy luego uno de los pilluelos, que llevaba el menor peso, con ser ya un zagalon.

—Al hotel, contestó el turista, agrupando á los muchachos para que no se perdieran.

—¿A cuál de los cuáles?

—Al más mecor.

—Mejor, tos son mejores; pero en fin y úrtimamente, eso quié isir que á osté le viene bien lo suplefino.

—Ciertes.

—Pos cestos. Jarrear é saga á mí.

Y el zagal echó delante con su baston de mando, seguido del francés y de los otros españoles.

—¿Adónde vamos, nous? preguntó ahora el francés, despues de haber pasado cien calles y cruzado otras cien.

—Al más suplefino, contestó seriamente el español.

—¿A cuál superfino?

—Al del tío Jinojo.

—¿Estar muy lecos el Quinoco?

—Ahí al revolver.

Y anduvieron otras cien calles más.

—C'est assez, dijo el turista deteniéndose con enfado.

—Justamente, contestó el guia, aquí es.

Y entraron en un meson robado, ó sea *suplefino*.

—Tío Jinojo! gritó el jóven capitan de aquella partida, golpeando á la vez con el baston en la puerta.

—¡Hola! ¡Joseliyo! exclamó un rechoncho destacándose de un grupo de arrieros y viniendo al encuentro de los ilustrados viajeros. ¿Qué traes tú por aquí?

—Trayo... lo que á la vista está; un güespede del mismo París, que es un pueulo onde hay de to menos sal de Andalucía; conque póngale osté un güen salero jasta en la armohá, sino por mí.

—Escudia, José, que si no por tí, por él, s'han de selebrar aquí hoy las boas de Caifás.

Y dirigiéndose ya, sembrero en mano, al francés, le saludó con toda esta cortesía:

—A los pies de osté, señor Monsiú?

—No ser aquí hotel bueno, dijo el turista, que desde su llegada reconocia el terreno con cómica extrañeza.

—A osté le toca, tío Jinojo, efender sus entereses, dijo el zagal encogiéndose de hombros, como sacudiendo toda responsabilidad.

—Ne entiendo yo el inglés, Pepiyo, contestó el mesonero con gran sorna.

—Cudiao, que es francés.

—Ni el francés.

—Moi yo hablar buen español.

—Perdone osté, señor Monsiú, que lo parla osté muy mal, atento al disir que esta posá no es hostel.

—Ser posada.

—Digo que hostel, y cuando yo lo digo, estudio me lo tengo. Y siego é las dos niñas hade estar usia pa no ver lo que tos vemos. Hostel es, y de los güenos, no porque esté yo enlante, sino porque lo quiso Dios así.

—Et bien; ser tres malo.

—En punto á ese punto, no compro pan, señor Monsiú; pero lo asiguro que no encontrará osté en toa Graná otro más mejor.

—¿Ser peor todos!

—Tos son peores.

—¿Sangdiou! ¡En la villa de la Alhambra! ¡Cosas de España!

Y el ilustre viajero sacó su gran souvenir, y se puso á hacer su apunte.

—Si escribe osté al respitivi, dijo á la sazón el tío Jinojo, diga osté que en Graná, como en tos los pueulos del globio, enclusivie con París de Fransia, las posás no son Lambras, sino posás, aunque mi posá, como usia mesmo ve, es hotel, y prensipal.

—¿Se quea osté aquí, ó se las guiya? dijo luego una moza alta, llena, indolente como una hija de Agar, tomando la sombrerera y el paraguas.

—¿Qué ser guiya? preguntó simplemente el viajero?

—Guiya ser una... verbo y gracia.

Y la buena moza se exhibió entónces con toda la de Andalucía.

—¿Se quea osté ú nó? añadió luego con cierto enfado.

—Me quedo, se apresuró á decir el francés, me quedo por vous.

—¿Por buho se quea osté?

—Por vusté, bella andalusa: gustarme beau coup.

—Munchas gracias.

Y la andalusa se limpió la boca, como limpiándose la al francés, ó dándole desde luego calabazas.

—Jarrear con eso, dijo despues á los chicos, que tomaron el equipaje y la escalera detrás de ella.

De allí á poco bajaron los muchachos, y tomando el mayor de ellos por todos la palabra, dijo al viajero, que departia sabrosamente con el tío Jinojo:

—Aunque sea escortesía, señorito, ¿quién paga estos jornales?

—Moi, contestó el interpelado.

—Pos al avío, que es tarde y viene yoviendo.

—¿Cuánto deber?

El zagal multiplicó los jornaleros, que eran seis, por cuatro, que era el precio de jornal, y sacó treinta y ocho reales vellon, contando así:

—Cuatro y cuatro ocho, y cuatro desiseis, y cuatro ventidos, y cuatro veintiocho, y cuatro treinta y seis. Dos napoleones.

—Justos y cabales, añadió el tío Jinojo.

—Dos napoleones, replicó el francés, no son que treinta y ocho.

—Pos esa mesma es la cuenta de los chicos, inclusivie con la propina y unas esetras.

—¿Cuál emas esetras?

—La güerta de los dos napoleones, que no han de golver á osté.

—¿Pour quoa?

—Por la mesma costumbre.

—¡Ah!

Y el viajero francés hizo otro apunte, despues de dar sin más réplica los dos napoleones.

—Salú, dijo el zagal mayor santiguándose con la moneda.

Y salió seguido de su partida.

—Cuando osté quiera escansar, dijo el tío Jinojo, arriba lo aspera la sala.

—La sala, ¿ser la hija?

—Ser la sala é embajaores.

—Allons, donc.

—¿Maruja!

Maruja, que era la hija, no contestó.

—¿Manola!

—¿Qué s'ofrese? contestó la Maritornes.

—Enséñale al cabayero con toa elicaesa y pundolor, pa que se quee sastifecho del selvisio e la posá, que no es posá, sino hostel....

—¿Qué naranjo le he de enseñar?

—El camino e la sala e embajaores.

—¿Ah! Pos señor Monsiú, almas al hombro y paso rigular.

—Vusté, no, parece que ser fea, objetó el turista.

En efecto, Manola lo era positivamente.

—¿Fea yo! exclamó la interesada con asombro:

—Oui, contestó el otro simplemente.

—¡Mieste que Dios! Pos aprienda osté solo el camino, y si trompessa yoste y se esnucla, tal día jará un año.

—Yo se lo enseñaré pa devitar cuistiones, dijo el tío Jinojo.

—Pardon.

—No hay por qué darlas, señor. Y venga osté e saga e mi, se lo enseñaré yo tó con mueules raices y emas semosvientes, que jaré con mucho gusto y fina voluntad, como me toca é obligasion, y aquí pas y despues gloria, como en la ilesia, y abur.

—Allons.

Y los dos tomaron las escaleras, entrando luego en la sala e embajaores, donde aun estaba la buena moza arreglando los muebles.

II.

—¿Se le incurre á usia argo más? preguntó con gran sorna el posadero á su huesped.

—¿Eh?

Y á la hija no le iga usté ná que no sea rigular, porque le dará una gofetá de cueyo vuerto.

—¿Quelle barbarité!

—Es costumbre.

—¿Costumbre es?

—En toa España y dislas ayá ausentes.

—¡Ah!

Y el ilustre viajero sacó su souvenir, y escribió concienzudamente este literal apunte:

«C'est dommage que les dames espagnoles soient si grossières! Quand on les aime plus tendrement, elles donnent, les grossières, *gofetás de cueyo querto*.»

No hay que traducir ni comentar un apunte que se traduce y comenta por sí solo.

Sigamos la historia:

—Aunque sea escortesía, señor Monsiú, dijo luego el tío Jinojo, ¿qué intitula ese libriyo?

—C'est mi souvenir, ou y escribir touts les trajes, usos y costumbres de l'Espagne.

—¡Ah! Pos si quiere usia yenarlo pronto con toas esas costumbres, urtrajes y emas abusos, no tiene osté mas que preguntar, que yo, aunque mal me esté desir-lo, soy julisconsurto pa el efuto, y galante sargo pa aquí y pa enlante e Dios de toitos mis urtrajes.

—¡A merveille!

Y el viajero se sentó á su lado con gran contentamiento, y bajo la inspiracion del *julisconsurto*, hubo de llenar efectivamente de urtrajes su bárbaro, pero ilustrado souvenir.

III.

Insistiendo en su empecatado propósito de averiguar usos y costumbres, y con ocasion de ver á la buena

moza en amor y compañía de su futuro inminente, nuestro ilustrado viajero hubo de preguntar al tenor del matrimonio. Y el chusco y maleante posadero, que vió aquí oportunidad de cobrar costas, satisfizo á pedir de boca la curiosidad del viajero, diciéndole gallardamente que el compare de las boas era *corrisponsable* de pagar los derechos y torsios de parroquia y emás *confiturias*; però que en trueque y justa *indinasion* de daños y *prejuisios*, el mesmo compare era trunfo y mano erecha, *rispitive á ganar diemos y premias*.

El bueno del francés no entendió este castellano, ni nosotros podemos apuntar aquí los comentarios que el tío Jinojo le diera para hacerse inteligible.

Però reflejaremos la intencion en estos cuatro rasgos:

- Moi querer diemos y premias.
- Perdone usia, señon Monsiú, que son del fraile.
- ¿De cuál fraile?
- Quiero disir, del compare.
- Moi querer compare.
- En hora güena.

En resumen, y recordando á Maruja y á Manola, diremos que el francés hubo de cenar aquella noche gato por liebre, preparado por mano del guason y astuto posadero, y que la mañana siguiente escribia el ilustrado viajero un gran apunte de *ultrajes* y costumbres, del que, con sentimiento, no podemos trascribir mas que el final.

«En effet, decia concluyendo en bárbaro, ó sea á lo Dumas, el Africa empieza en los Pirineos.»

Però no hemos de omitir, para castigar el exabrupto de tan gran *barbarité*, siquiera con el ridiculo el siguiente dato, ó gato (por liebre), que la bella Maruja le sacó 90 duros de regalo de boda, en cambio de la promesa de darle á besar la mano, y en efecto, le dió la mano.... de la fea Manola.

CASCABELES.

Mucho nos alegraríamos de que resultase cierta la union en el teatro del Príncipe de los hermanos Romea, las señoras Diez y Palma y los hermanos Catalina.

Sería una excelente compañía, que ofrecería grandes garantías á los autores y al público.

¿Qué hay del teatro Real?

¿Cuál es la compañía?

Hacemos estas preguntas porque nos las hacen personas aficionadas al teatro Real, que tienen curiosidad de saber qué maravillas van á oír en aquel coliseo en la próxima temporada.

Por nuestra parte, no sabemos nada.

Se han variado los nombres en algunas salas del Hospital general.

¿Por qué?

Se está formando una compañía de zarzuela, que actuará en el teatro de Novedades, bajo la direccion del señor Obregon:

Mucho celebraremos ver en la córte al reputado artista, que tantos laureles ha conquistado.

Tres empresas nada más se disponen á disputarse el favor del público, que indudablemente ganará con la competencia.

Repetimos este número con algun retraso.

Procuraremos no vuelva ocurrir.

Las empresas de la Zarzuela y los Bufos anuncian que pondrán en escena las mismas obras del maestro Ofembach.

Muy bien me ha parecido esta competencia, que tan bien me ha parecido.

El público se va á divertir, si ambas empresas ponen á un tiempo en escena las citadas obras, y alguna hará la víctima.

La empresa de la Zarzuela nos parece destinada este año á obtener el favor del público. La compañía de zarzuela es digna de los buenos tiempos de este espectáculo, y la de verso es muy completa.

Si tiene, como cremos, obras de mérito, es indudable que ningún otro teatro podrá hacerle competencia.

Encargó á principios de verano un caballero un pantalon blanco á cierto sastre de fama.

El sastre, que ha tenido mucho que hacer, fué ayer 6 de Septiembre á probárselo.

—Oiga V., le dijo el parroquiano, el pantalon va á estar muy bien, pero hágame V. el favor de forrarlo de bombasí, porque cuando me lo pueda poner ya hará fresco.

Hemos recibido un cuento de autor anónimo, que principia del modo siguiente. «Vamos á conducir á nuestros lectores al presidio de Ceuta.»

Gracias, amigo; no queremos pasar el estrecho.

La consorte de García

llevaba la cola larga, y el buen esposo decia:

«la cola larga me carga.»

Hoy á la moda obedece,

lleva la falda cortita,

y viéndola, se enfurece,

y se subleva y se irrita.

Atiende á lo que le importa.

Si en paz deseas estar,

renunciarás á llevar

la falda larga ni corta.

Publicamos hoy el *Prólogo* que para la magnífica novela *Maria Magdalena* ha escrito el Ilmo. Sr. Doctor don José Pulido y Espinosa. Por él podrán comprender los lectores la importancia de esta novela, que con un lujo inusitado, y láminas magníficas de lo mejor, por no decir lo mejor, que se ha hecho en España, vamos á empezar á publicar brevemente. En el lugar correspondiente de este número va el anuncio de la obra, con las bases y precios de suscripcion.

—Dime, papá, ¿la ternera, es hija de la vaca?

—Sí, hijo mio.

—Y el padre, ¿quién es?

—Es el toro.

—Y entonces el buey, ¿quién es?

—El buey.... el buey es el tío.

Se hablaba delante de un viudo que habia enterrado tres mujeres, de los inconvenientes que resultan del matrimonio de un viudo con la hermana de su primera mujer.

—¿Y qué inconvenientes son esos? preguntó; yo me he casado con tres hermanas, y he encontrado una ventaja que compensa de todos los inconvenientes que pueda haber.

—¿Qué ventaja?

—La de no haber tenido mas que una suegra.

—Nadie está en mejor situacion, ni tiene más motivos que yo, para hablar de la unidad monetaria, decia uno.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

—Porque no tengo mas que un ochavo en el bolsillo.

En un pueblo próximo á Madrid, en Pozuelo, hubo novillos el lunes, y resultaron ocho hombres heridos de gravedad, de los cuales se nos dice que han muerto dos.

La prensa toda está en el deber de protestar de estas bárbaras fiestas, y concluir con ellas.

Charaditas del número anterior.

Cimarosa —Sopapo.—Idolo.—Martirio.

CHARADITAS.

1.^a

Es mi primera, lector, tiempo de un verbo auxiliar; las paredes de mi casa embadurnadas están de segunda; ésta y tercera en un pié tengo fatal, que me hace ver, aun de dia, todo el si tema quizás que Prolomeo y Copérnico descubrieron años há; una letra es mi tercera; cuarta y segunda hallarás en cualquiera café, en el Circo ó en el Real; de un acabado poeta puedes el nombre formar, posponiendo cuarta á terciá, y terciá y cuarta verás en las mil peluquerías que hay en esta capital. Mi todo es un instrumento que no desconocerán los discipulos de Hipócrates y Galeno, y sin el cual el estudioso anatómico no podría funcionar.

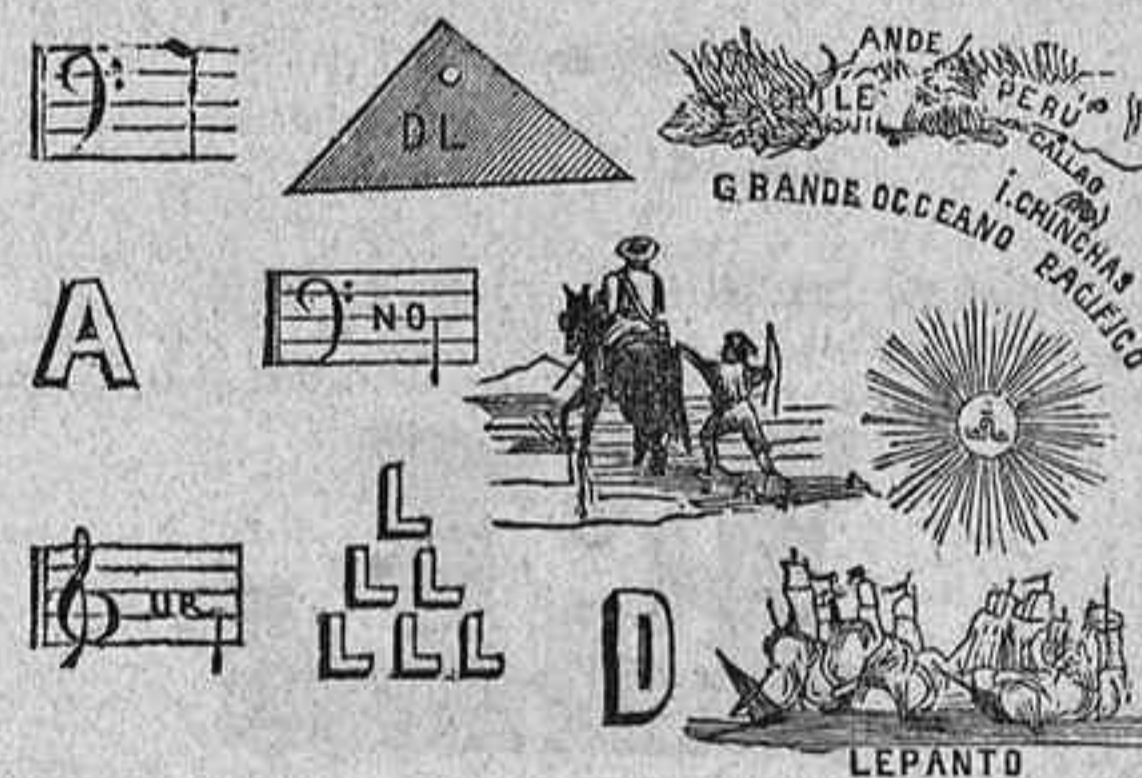
2.^a

Ves segunda con prima desde palacio Real; mi prima es fácil vocal, y negacion mi tercera; si yo gran caudal hubiera, segunda y cuarta sería; hallas en la geometría cuarta y tercera; y gozoso, mi todo, que es caudaloso y rio célebre, veria.

3.^a

Es nombre, mi primera repetida, que en el sexo fornido mucho abunda; y fué nombre, segunda á terciá unida, de un poeta de musa asaz fecunda; tercera es medicina conocida; tiempo de un verbo activo mi segunda, y mi todo, persona que se precia de tener gran talento, siendo necia.

GEROGLÍFICO.



LA BOLSA.

Bárbara Pyramidum sileat miracula Memphis, MARCIAL.

I.

Los siglos son como los hombres; todos son iguales, y sin embargo, ninguno se parece. Un sér humano visto de lejos, es un hombre; visto de cerca, es fulano. Así cien años, vistos de espalda, son un siglo como otro cualquiera: esos mismos cien años, vistos de frente, analizando los rasgos de su fisonomía, son el siglo tal.

Hay rasgos generales, que como el rostro del hombre, son comunes á todas las épocas de la historia de la humanidad. Bajo este punto de vista, todos los siglos son iguales, y en efecto, entre Alejandro Magno y Napoleón I, entre Rosthchild y Cresco, entre Niive y Londres, no alcanzamos á ver otra diferencia que la de la época de su florecimiento. La humanidad, idéntica siempre, siempre la misma, siempre barro, solo varia en sus manifestaciones externas, en las formas con que se reviste, en el color ó en la palabra con que se nos seduce; mas su esencia, su fondo, es invariable, es y será siempre el mismo conjunto de pequeñez y de grandeza que fué desde los primeros tiempos de la creacion.

Però así como bajo los rasgos comunes á todas las fisonomías se encuentran los especiales de cada una de ellas, hasta el punto de que no se vean los hombres completamente iguales: así tambien, bajo los rasgos esenciales de todos los tiempos de la historia, sobresalen los característicos de cada época, y de estos rasgos sale el calificativo que el consentimiento general adjudica á cada siglo.

En el nuestro es proverbial la tendencia á la deificación de la fortuna, á la dictadura de la onza de oro: esta tendencia incontrarrestable tiene su simbolo; este simbolo es un edificio; este edificio, que se destaca impasible ante la asombrosa muchedumbre, que contempla sin conmoverse las catástrofes á que su existencia da lugar, y que entre la broma de las ciudades más populosas del mundo, presenta siempre su blanca descolorida silueta, como sudario de tantas fortunas, de tantas esperanzas, de tantas honras y de tantas vidas.... este edificio es la Bolsa.

¡La Bolsa! El credo de nuestro siglo, la expresion suprema de nuestro adelantamiento, ¡la última palabra de nuestra civilizacion materialista!...

Ante esta maravilla, ante esta prueba de nuestra Omnipotencia, es necesario prosternarse llenos de admiracion, y con la cabeza descubierta, con los piés descalzos, exclamar como el satirico Marcial, ante el anfiteatro de César:

¡Barbara Pyramidum sileat miracula Memphis!

Es digno de observarse la marcha absolvente y avasalladora del dinero; su astuta y gradual subida hasta la supremacia social y la admirable armonía de las costumbres y de los sentimientos, del hecho externo y del fenómeno psíquico en semejante materia.

Mientras estuvo limitado el dinero en un principio á satisfacer las necesidades del estómago, iba modestamente colocado junto al mismo estómago, en una escarcela ó bolsa de más ó menos lujo.

Però se comprendió mejor su mision, se le llegó á tomar cariño, se convirtió en un afecto del corazón, y ya teneis al dinero subido al segundo piso, dulcemente aprisionado en un porta-monedas, bajo la forma de unas cuantas onzas, ó en una cartera, bajo la forma de unos cuantos billetes de Banco, y colocado suavemente en un bolsillo interior de la levita, en inmediato contacto con ese mismo corazón, del que ya habia logrado enseñorearse.

Però el avasallamiento no era aun completo, le faltaba todavía escalar el último piso del edificio del hombre, y dueño el dinero de su estómago y de su corazón, le era preciso tambien subírsele, como el vino, á la ca-

beza, y hacerse dueño de su razón. Esta era la última etapa de sus conquistas, y terminó gloriosamente para el vencedor metal.

Dueño el dinero de la vida orgánica del hombre por el estómago, de la vida afectiva por el corazón; y de la vida intelectual por la razón, necesitaba un templo digno de este triple poder, en donde recibir la adoración del hombre. La humanidad, agradecida, se puso esta vez á la altura de su misión, correspondió á sus antecedentes, y construyó un templo para el nuevo culto: edificó la Bolsa.

La Bolsa, tal como hoy la conocemos, es uno de los rasgos característicos de que ántes hablábamos, y que califican á una época.

Nada en lo antiguo hay que tenga comparación con lo que hoy conocemos bajo el nombre de Bolsa, ni que haya transformado las costumbres de una manera tan completa, ni creado hábitos, tipos y modismos tan especiales como los que deben su origen á la existencia de la Bolsa.

Tito-Livio nos refiere que en tiempo de los antiguos romanos, había dos puntos en las principales ciudades del imperio, donde se reunían los hijos de Mercurio.

Autores hay que pretenden que en Roma, bajo el consulado de Apio Claudio y de Publio Servilio (año 493 ántes de J. C.), se constituyó una especie de Bolsa, ó sea el edificio llamado *Collegium mercatorum*, cuyas ruinas quieren algunos ver en lo que hoy llaman *loggia* en la plaza de San Jorge de la ciudad Eterna.

Como pertenecientes á tiempos menos remotos, citaremos la Bolsa de Amsterdam, que se comenzó á construir á principios del siglo XVII, y la de Londres (*Royal Exchange*), edificada á expensas de Sir Cresham, después del incendio de 1666.

Pero esto no era todavía más que el germen de lo que había de producir el siglo XIX.

Correspondiendo á las nuevas aspiraciones, se levantó en 1811 la magnífica Bolsa de San Petersburgo, hermoso edificio, aislado, bajo la forma de un paralelogramo, y ante cuya fachada principal corren (cuando no están quietas, es decir, heladas) las aguas del caudaloso Newa, entre cuyas orillas y la grandiosa construcción media una extensa plaza semi-circular, con dos desembarcaderos, donde descargan los buques, á la vista del edificio, que es el rey comercial de la populosa ciudad.

Pero la Bolsa más importante, la que puede llamarse Bolsa europea, es la de la ciudad de París, inaugurada en 1824 en el local que ocupaba antiguamente en la *rue Vivienne*, el convento de las hijas de Santo Tomás. La nueva religión lanzaba á la antigua: el mercantilismo se sobreponía al ascetismo, y donde ayer las castas vírgenes rezaban al Altísimo, hoy el escéptico negociante dirige sus deprecaciones á la voluble diosa *Fortuna*. Por lo demás, el edificio que representa un templo antiguo de orden Corintio, es de lo mejor en su género: está decorado brillante y majestuosamente, y su autor, Mr. Brongniart (que no pudo ver terminada su obra), supo representar en ésa tendencia constante de la Francia á excitar el respeto y la admiración universal.

Este edificio es el que ha traducido con más exactitud la tendencia dominante de nuestro siglo.

En ese templo pagano, levantado sobre las ruinas de un templo cristiano, se rinde culto al Dios del siglo XIX, á la fortuna. Allí concurren los banqueros poderosos, los capitalistas de todas las naciones, el lazo de la ganancia fundó todas las nacionalidades, y el más millonario de los que allí contratan, es *ipsojure*, el *sacerdos magnus* del ostentoso culto.

La Bolsa de París, que ha traducido las creencias, es la que ha formado las costumbres, y su centro deslumbrador es el que ha irradiado á todos los ángulos del mundo, las prácticas de la nueva civilización, y hasta el nuevo vocabulario bursátil.

Como producto de generación fisípaca, han brotado Bolsas en todas las capitales de importancia de todas las naciones, con su séquito de *bolsines*, de agentes de Bolsa, de corredores de Bolsa, de agiotistas de Bolsa, de jugadores de Bolsa, de *pardioseros* de Bolsa, de víctimas de la Bolsa; de esa cohorte innumerable, en una palabra, que dá á la Bolsa una fisonomía especial, que la convierte en una especie de Nuevo-Mundo de nuestro siglo, y cuyos hábitos, lenguajes, maneras y poderío, forman como una raza virgen en medio de la descérita raza de la vieja Europa.

La Bolsa, así considerada, es la creación sobresaliente de nuestro siglo, es la que le individualizará cuando se le contemple en conjunto entre los pasados y los venideros; es el elemento económico incontrastable, que á veces determina la paz ó la guerra entre las naciones: es causa de la caída ó subida de los Gobiernos, da origen á la formación de fortunas fabulosas en el espacio de un cuarto de hora, y es el punto á donde dirigen cada día su vista las tres cuartas partes, por lo menos, de los 240 millones de almas que contiene Europa.

La Bolsa, así considerada, ha roto todas las trabas que se oponían á la celeridad de los negocios, y en su pasmosa y rápida tramitación ha relegado por inútil la legislación mercantil, esa antigualla de las naciones atrasadas.

Esa Bolsa ha creado dos clases de riqueza: la riqueza millon en todas las bocas, y la riqueza *cero* en todos los bolsillos.

Esa Bolsa, corrompiendo la moralidad de las costumbres, proporcionó al difunto Ponsard un premio de la Academia francesa por su drama *La Bourse*, y al afortunado Ayala la admiración de España por su comedia *El tanto por ciento*.

Esa Bolsa, en fin (y esta es la más gorda), nos ha inspirado á nosotros este artículo, y nos inspirará, si Dios quiere, uno ó dos más, en que podremos estudiar

al natural á los habitantes de tan privilegiada región, después de haberlos hecho desfilar en generalizadora teoría en el presente artículo, que viene á ser como el preliminar de los que vamos á dedicar en las columnas de este periódico á tan importante asunto.

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

A fin de que nuestros lectores y el público puedan acabar de formar concepto de la novela bíblica *María Magdalena*, que muy en breve se dará á luz, publicamos el prólogo que para dicha obra ha escrito el Ilmo. Señor Doctor Don José Pulido y Espinosa, cuya docta opinión, en un todo favorable á la obra, ha de ser para el público una garantía del acierto del autor, que ha sido el primero en acometer una empresa tan difícil como trascendental, y de especialísimo mérito para la literatura española, que con la *María Magdalena* llevará la novela á tan saludable terreno.

PRÓLOGO.

¿Los libros santos é histórico-sagrados podrán ser objeto de la novela?

He aquí una pregunta que nos hacíamos al leer las bellísimas páginas de *María Magdalena* por Antonio de Pádua; y el curso de su lectura no ha afirmado más y más en la idea que siempre hemos tenido respecto de este género de literatura.

Los modelos que nos han dejado Chateaubriand en sus *Mártires*, el cardenal Wisseman en su *Fabiola*, el señor Ochoa en su magnífica traducción de *María ó el alma desterrada*, el *Aglaey Bonifacio*, del erudito joven señor Balbin, y otras leyendas bíblicas, nos prueban, sin duda, que en las sagradas letras y en los hechos históricos de la religión tiene la humanidad una grande enseñanza para ser conducida á toda la civilización y cultura que necesita una sociedad perfecta, cuyo tipo es la iglesia cristiana, con su moral evangélica por base, con su ley de amor por guía.

Las condiciones de la buena novela deben ser siempre una enseñanza moral que haga interesante su objeto, y que en sus descripciones, y en sus personajes, y en su desenlace, se vea constantemente desarrollada una idea civilizadora, una idea santa y moral, que combata el vicio y haga triunfar la virtud.

¿Y dónde encontrará el literato un manantial fecundo é inagotable de verdad y de moral? ¿Dónde un arsenal de poesía sublime, de hechos heroicos y de sábias lecciones para conocer el corazón humano? ¿Dónde?... En los libros sagrados, en la historia de la religión, cuyos abundantes cauces sirvieron á los Padres de la Iglesia, esos profundos filósofos del cristianismo, que para eternizar sus nombres, han tenido bastante con sus obras, modelos de ciencia y de literatura.

En la Biblia se formaron los Agustinos, los Jerónimos, los Buenaventuras, los Tomases de Aquino, y tantos otros tan sábios como santos de imperecedera memoria. En la Biblia se inspiraron nuestros eminentes poetas y nuestros más distinguidos escritores. La Biblia, en fin, es el depósito sagrado donde los poetas de cuarenta siglos, dice un profundo orientalista, beben inspiración, sin que se agote ni mengue su caudal; y será siempre un puro é inagotable manantial, no solo del filósofo y del moralista, sino que también el filólogo, y el publicista, y el historiador, y todo hombre de ciencia encuentran siempre un no sé qué de divino que mueve el corazón, enardece el alma y hace conocer que sus páginas santas son inspiradas por Dios como fundamento de todos los conocimientos humanos.

Cada verdad científica que se armoniza con algun texto bíblico, es una conquista por la que la inteligencia se somete á la fe, sirviendo de escudo y garantía á la elucubración del pensamiento. ¿Qué otra base más verdadera encontrará el ingenio humano en todos sus estudios? Si el novelista recoge los tesoros de la poesía sagrada y se enriquece con las saludables máximas de la moral pura de la religión, y sin separarse de la verdad histórica, logra unir lo útil á lo honesto, enlazando lo agradable y lo bello con la abnegación y el sacrificio, entonces, la novela, sobre ser una enseñanza que dirige el espíritu al heroísmo y á la virtud, conseguirá también que llegue á formarse de ella un monumento de la literatura que más encarna en la juventud, siempre ávida de escenas nuevas, cuyo interés conduce su espíritu y forma su corazón, ó en las saludables máximas de una sana doctrina, ó en el libertinaje revolucionario que socaba siempre los cimientos de la vida moral y de la vida social.

El recreo y la instrucción son elementos que pueden combinarse muy bien para desterrar de una vez esas novelas absurdas é inverosímiles, que despiertan las pasiones, adelantan la malicia y avasallan la inocencia. Si alguna vez avivan el deseo de seguir el curso de una intriga y buscar el desenlace de la fabula y de la inventiva, bien pronto, también, producen impresiones desagradables y exageraciones, hijas de la acalorada imaginación del novelista, que braman con la verdad de la historia y con la pureza de la moral.

De las manos se nos caen muchas novelas que se publican en menoscabo de la bella literatura y en descrédito de talentos é imaginaciones brillantes, que pudieran dar á sus creaciones un giro que sirviese á la religión y á las costumbres, en vez de la frivolidad licenciosa que enseñan unas, y de las utopías antisociales á que conducen otras, calcadas en el materialismo escéptico de los enciclopedistas y en las obscenidades más groseras, que envenenan el alma y gastan el resorte moral á cuantos prueban alimento tan nocivo. ¡Ojalá no experimentáramos en nuestra España la desgraciada influencia que ejerce esta malhadada lectura!

Esas novelas fantásticas y terroríficas, nacidas de la escuela romántica, han producido bastantes veces la exaltación y la turbación del juicio, hasta el punto de arrebatarse la vida á seres desgraciadamente seducidos y arrastrados por escenas pintadas sobre un fondo de pasiones exageradas, que arrastran á la enajenación y al delirio. Afortunadamente, este género de lectura ha caído en el ridículo; mas tampoco podemos aceptar otra clase de novelas, que leídas con criterio, lleguen á excitar el fastidio y hasta el cansancio de leer páginas y páginas tan pesadas como inconexas, y muchas tan inmorales como inverosímiles é inconvenientes.

No ménos producen disgusto algunas llamadas históricas, en las que el novelista no se cuida de la verdad, sino que truncando los tiempos y los hechos, y dando tortura á la historia, finge sucesos y crea personajes, é inventa situaciones, que muchas veces hace hasta risible el anacronismo que envuelven y las distancias que las separan para sostener un enredo, que, como vulgarmente se dice, no tiene pies ni cabeza. Con tal de aumentar el número de entregas, no se repara en la unidad del pensamiento, ni en la verdad de los tiempos á que se refiere, ni en la exactitud de los tipos que se presentan. ¿Se creará, tal vez, probar en esto fecundidad de ingenio? ¡O acaso ostentar facultad y riqueza de imaginación? ¡Ah! ¡qué error! Montañas de pedruscos apenas dan quilates de rico mineral.

El prosaismo en la novela es también detestable, y por más que sobresalga afluencia de imágenes sentimentales, llega por fin esta lectura á agotar el alma por la pesadez de su narración y la impropiedad en las descripciones, aglomerando digresiones que concluyen por la saciedad y el fastidio.

Es verdad que el ocio y la curiosidad son hoy un estímulo poderoso para entregarse la juventud á la lectura de la novela, empero esto mismo debe servir de guía á nuestros novelistas, para excitar en el ánimo de sus lectores amor al trabajo, fuente inagotable de la riqueza, y respeto á la religión, fundamento de la moral.

Por lo mismo que es la clase de lectura más generalizada, y acaso lo único que leen muchas personas, señaladamente en la edad en que el vigor de las pasiones oscurece la realidad de las cosas, es preciso apartar á la juventud del pernicioso gusto de leer cuadros y escenas novelescas, cuyo colorido... ruboriza el rostro, pervierte la inocencia, y manchando el alma, la envía para la virtud y la afición á la frivolidad y al abandono de la moral cristiana.

En la novela *María Magdalena*, encontramos, no solo un pensamiento altamente moral, sino eminentemente religioso. Fundada en un hecho tan cierto como el Evangelio, (como que es el Evangelio mismo) en el que San Lucas dice: *Una mujer pecadora que había en la ciudad cuando supo que Jesús estaba á la mesa del fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de unguento, y poniéndose en pos de él, comenzó á regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies y los unguia con el unguento, etc.*

El personaje que ha escogido el novelista Antonio de Pádua, es tan históricamente verídico, como lo son aquellas divinas palabras que oyó la pecadora llena de fe: «Perdonados le son sus muchos pecados, porque amo mucho... ¡Tu fe te ha salvado! Vete en paz.»

Este sólido fundamento de *María Magdalena*, revestido de todas las formas que constituyen la novela, viene á ser, no solo una obra del arte que deleita, instruye y moraliza, sino también al presentar el sublime carácter del arrepentimiento y la diferencia entre el amor profano y el cambio del corazón por el amor divino, conmueve al alma y fija una máxima constante: «Solo el amor de Dios satisface.»

Este contraste de *María Magdalena* amando la sensualidad y después amando la virtud; esa transformación del alma, á impulsos de la gracia, se halla desempeñada admirablemente, sin separarse en nada de la verdad histórica del Evangelio, y sin descender tampoco la sublimidad del portentoso hecho de aquel Divino Salvador, que no vino á buscar justos, sino pecadores.

Cuando nuestro adorable Jesús llama á las puertas del corazón más disipado, el alma se conmueve y transforma, y ya no es el imperio de la carne el que domina. Un nuevo género de afectos extasian el espíritu entregado todo en el amor puro de su Dios.

Con la unción más especial ha sabido Antonio de Pádua presentar en su novela bíblica todo el carácter religioso, apareciendo María Magdalena un modelo de amor divino en el prodigioso cambio que experimentó su alma hasta regar con sus lágrimas los sagradísimos pies de Nuestro Redentor adorable. A la vez tiene esta lectura todo el encanto, en el aire y en las palabras, del original hebreo, imitando las figuras y maneras de hablar, cuanto es posible al expresarlo en nuestra lengua, la que tanto responde á la hebrea en muchas cosas.

Así vemos como muestra la reconuención del festin donde Marta, hermana de Magdalena, la dice: «Lázaro tu hermano se halla enfermo y le mata el dolor de la disolución en que vives... María, hermana, en nombre de Dios, en nombre de nuestro padre, en nombre de Lázaro tu hermano, abandona esta casa y sígueme: Soy Marta, tu hermana, que te llama y te espera. Ven, María.»

En los diálogos se hallan también caracterizados los modismos y giros del lenguaje hebreico; pero donde más resalta el sabor oriental del idioma y la propiedad con que el autor nos hace recordar los tiempos y las costumbres judías, es cabalmente en los billetes ó pergaminos enrollados que recibía Magdalena en medio de la exaltación de su mundanal pasión por Cayo Antonio el Centurion. Su estilo, conciso y purzante, excita los celos y mortifica el alma de Magdalena, cuando lee las líneas escritas por Fasael:

«Vele el corazon que ama, si no quiere ser engañado.»

»Porque el engaño está oculto detras de las nubes, que ocultan el sueño del amor.»

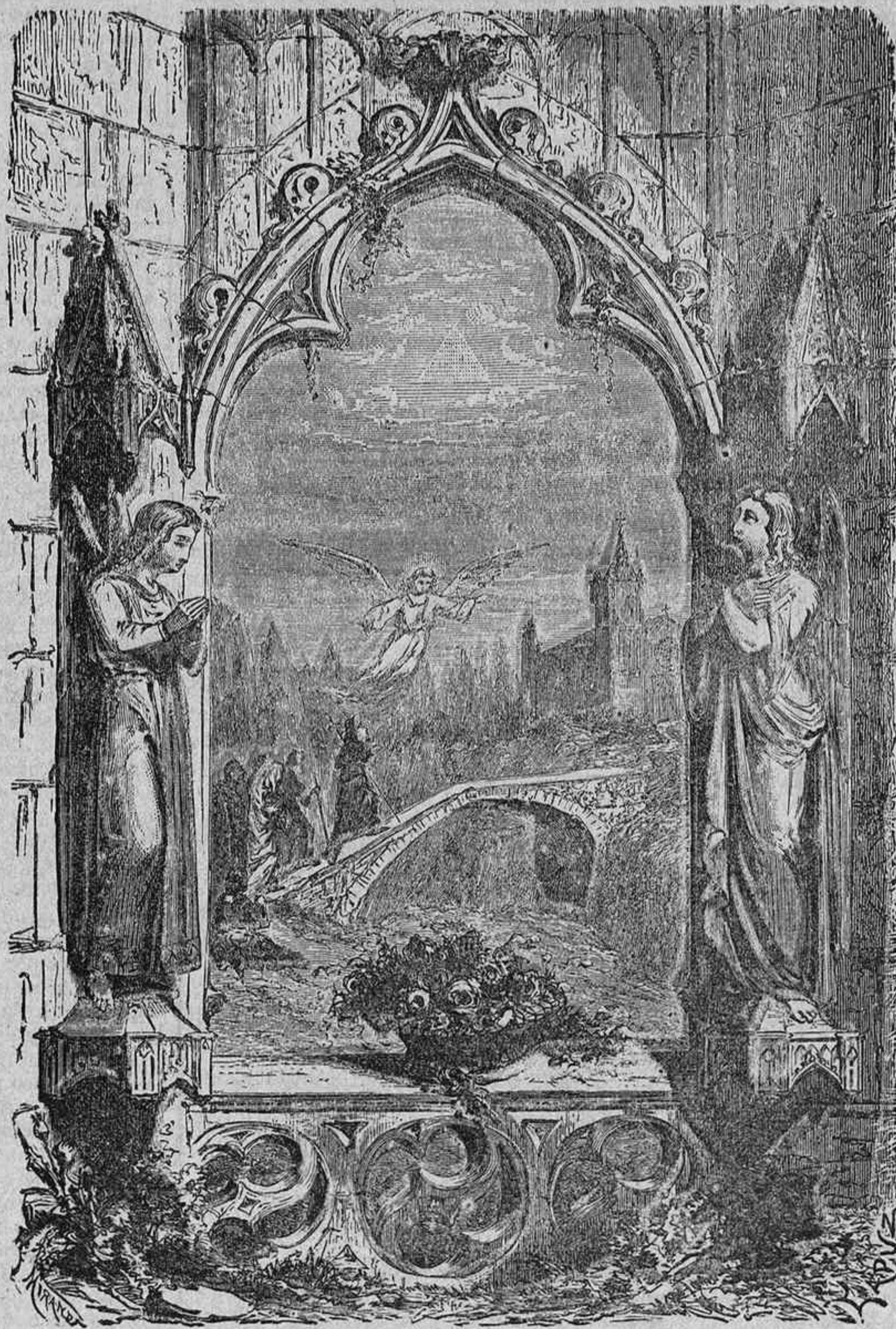
»Y no confie la mujer porque sea muy hermosa.»

»Porque la hermosura de las mujeres, es como la de las estrellas de los cielos.»

»En donde una brilla mucho, aparece otra que brilla más...»

No es nuestro ánimo hacer un análisis de todas las bellezas de esta novela; cumple tan solo á nuestro propósito dar una sucinta noticia de la leyenda bíblica, que á más de sus conmovedoras escenas y la riqueza de su poesía, lleva un objeto tan moral como religioso, presentando el corazon de la mujer, que preso por el amor profano, sufre todas las amarguras y todos los tormentos que traen consigo la agitación de la conciencia, mientras cuando ama á su Dios son inefables las dulzuras del alma; y el contento y hasta el arrobamiento llegan á endiosar su espíritu, elevándolo hasta el cielo. El reino de Dios consiste en la justicia, en la paz y en la alegría que da el Espíritu Santo.

Jamás María Magdalena había experimentado el amor que da la paz al alma y la alegría al corazon, hasta que respondiendo al llamamiento de Jesús Nazareno, el éxtasis la arrebató y el deliquio la abrasa en el amor divino, ese vínculo misterioso que une la criatura al Criador y enlaza las cosas de la tierra con las del cielo. ¡Ah! ¡qué pálido y qué sombrío aparece todo al alma amante de su Dios! El novelista Antonio de Padua ha



LAMINA PARA LA CUBIERTA DE LA NOVELA MARIA MAGDALENA.

sabido presentar con los más subidos colores la transformación de la mujer pecadora en la penitente enamorada de su Dios, al verle por vez primera predicando en el templo cuando en la forma de hombre viniere á redimir al mundo y fuera recibido por la gozosa muchedumbre entre los cánticos del *Hossana*. Está lleno de inspiración cuando describe la adorable persona del Divino Maestro, y deja ver al Hombre Dios, que no podía confundirse con ningún ser humano.

«Sus facciones, dice, que con ser de hombre no parecían humanas, el brillo de su mirada que parecía formar alrededor de su limpia frente una auréola de luz del cielo... su figura nobilísima, sin ser altiva, gallarda como ninguna, sin dejar de ser humilde, majestuosa como no podía serlo la del rey más grande del mundo, y al paso modesta como la del mortal más pequeño... al escuchar su voz, que apenas hería los oídos, descendía recta al corazon...»

Nos complace sobremanera ver en esta producción la espontaneidad del corazon de su autor, que tan sin violencia da á sus personajes el verdadero carácter que les corresponde; el amor sensualista y los movimientos de la gracia, estos encontrados afectos del alma, están perfectamente descritos en las diversas situaciones de la pecadora de Jerusalem.

Los afectos carnales conducen el espíritu á la sensualidad y al deleite, acompañados siempre del amor propio, de la vanidad y de las malas pasiones, mientras los afectos que nacen de la gracia levántannos hasta Dios, como un don singularísimo que da el Señor á sus escogidos. Muy conformes con esta doctrina se hallan también la vida de Magdalena y el desenlace que le da el novelista, arreglado á su verdadera historia.

¡Ojalá estas desaliñadas líneas, que tan de buena fé le consagramos, le sirvan de estímulo para seguir el camino que ha emprendido en gloria de la moral y de la literatura española!

Madrid 24 de Agosto de 1867.

DR. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

PUBLICACION DE EXTRAORDINARIO LUJO.

MARIA MAGDALENA.

NOVELA BIBLICA ORIGINAL

POR

ANTONIO DE PADUA.

CON UN PRÓLOGO

del

ILMO. SR. DR. D. JOSE PULIDO Y ESPINOSA.

BASES DE LA PUBLICACION.

María Magdalena se publicará por entregas de 8 grandes páginas, de papel superior.

A cada cuatro entregas acompañará una lámina magnífica.

Cada entrega costará medio real en toda España.

Los suscritores de provincias han de pagar adelantado el importe de doce entregas, remitiendo doce sellos de correos de los de 50 milésimas de escudo, ó letra del Giro mútuo.

UNICO PUNTO DE SUSCRICION.

Administracion de EL CASCABEL, Hileras, 4, Madrid.

En provincias todos los corresponsales de esta empresa.

La primera entrega próximamente.

ACADEMIA PREPARATORIA PARA CARRERAS ESPECIALES.

BAJO LA DIRECCION DE

D. AGUSTIN SARTORIO.

Esta Academia que por espacio de doce años ha presentado infinidad de alumnos en todas las escuelas del Estado, tiene establecido un metodo de enseñanza individual, extenso y esmerado, para cada una de las carreras civiles militares y de marina, con el número de asignaturas que previenen los reglamentos vigentes para su ingreso. Madrid, Barrio-nuevo, 18, principal, izquierda. Se admiten internos. El director remite prospectos detallados á todo el que lo solicite.

A LAS SEÑORAS DE BUENA HIGIENE.

ACEITE DE BELLotas, INODORO, PARA EL TOCADOR.

El arte de cuidarse los cabellos data de muy antiguo: las mujeres griegas y romanas, entre las que se encuentran las Aspías, las Cleopatras, las Laís, las Popeas, las Salinas, etc., célebres en los anales de la Belleza, se hicieron admirar por sus hermosas cabelleras. Nuestro aceite de bellotas es el único para conservar, dirigir y desarrollar vuestros cabellos y ponerlos en condiciones envidiables como aquellas. Abandonad los aceites y pomadas con aromas si no queréis exponeros á perder vuestro natural adorno de la fisonomía. Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, calle de Jardines, núm. 5, Madrid.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de S. S. AA. RR.



IMPRENTA DE D. CÁRLOS FRONTAURA,
A CARGO DE RAMON BERNARDINO.

En esta imprenta, perfectamente montada y surtida, se admite todo encargo de impresiones, y se procurará servir á las personas que honren el establecimiento con toda puntualidad y con la mayor economía posible.

ALMONEDA.

En la calle de Canizares, núm. 1, frente á la iglesia de San Sebastian, se hace almoneda de todos los géneros de lencería, telas de lana, merinos, orleanes y otros artículos, que tratando su dueño de realizarlos, se hará una grande rebaja de precios, como son: percalinas á 12 y 14 cuartos, y superiores á 15 cuartos; madapolanes á 16 cuartos y superiores á 2 rs., y anchos de primera á 2 1/2 y 3 rs.; Pañuelos de lana á la mitad de precio de su valor; cuties de hilo para colchones, dibujos de novedad, del precio de 12 y 13 rs., se darán á 8 1/2 y 9 rs., y anchos del precio de 19 á 22 rs. se darán á 13, 14 y 15 rs.; chales de merino, mantas de Palencia á menos precio que en las fábricas. Hay un grande surtido de holandas de hilo redondo, lienzo superior para sábanas de 2 1/2 y 3 varas de ancho, y para camisas, fino, á 4, 4 1/2 y 5 rs.; chaconadas finas á 2 1/2 y 3 rs.; retores, busquetas camisetas y medias de punto; franelas blancas y de color; camisas para hombre y para señora, bordadas y lisas; chambras, pantalones, enaguas, entredoses bordados; capas y faldas para niño; pañuelos de hilo blancos á un real menos de su precio, y otros muchos géneros que se darán con una gran rebaja de sus precios para su pronta realización.

BUENO Y BARATO.

Cien cartas de papel superior, canto dorado, cien sobres, dos barras de lacre, cola de boca, portaplumas, plumas, lapicero, polvos, obleas, tinta, jabón y dos pinceles, todo por 114 REALES!!! Calle de Jacometreze, número 31, establecimiento de quincalla.

Fábrica de papel pintado.—La Imperial. Paseo del mismo nombre, núm. 2, y Tetuan 14. Novedad y baratura en todas las clases.

En los talleres de don Gabriel Padros, calle de San Mateo, 28, Madrid, se construyen toda clase de máquinas, con especialidad prensas para vino y aceite, pisadoras de uva con ó sin quita-raspa, aventadoras de granos, norias, molinos de chocolate, motores hidráulicos de varios sistemas y todo lo referente á molinos y fábricas harineras.

Depósito de piedras francesas de molino, picas de acero fundido, chapas picadas y telas metálicas.

BAÑOS.

APROVECHAR LA OCASION.

Ave María, 11, tienda de Marin, se venden de zinc y de hojalata desde 50 á 240 rs., y se alquilan muy baratos. Los de niño á 6 cuartos, real y 1 1/2; los de señora y caballero á 1, 1 1/2, 2, 3 reales, (y á 4 rs. sin estrenar); las estufas con el baño, medio real; sueltas á 1 real, todo diario. Se advierte al público que dichos objetos durarán lo menos su alquiler 7 dias.

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel.

A CARGO DE RAMON BERNARDINO,
calle de las Hileras, número 4, bajo.

Perfecta salud á todos.—La Revalenta

Arábica du Barri de Londres, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedias, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiración, de los riñones, de los intestinos, de los nervios del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curación del Santo Padre Pio IX, la de la marquesa de Bréhan, del duque de Sluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 2 1/2 libras, 170; 3 1/2 libras, 300 rs. Casa du Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

Depósitos. Señor don José Garcia.—Señor Borrel.—Señor don Vicente Miquel.—Señor don Carlos Olzurrum.—Señor Sanchez Ocaña.—Señor Escobar.—R. Cuyas, Barcelona, calle de Lauder.—Ramon Piñal, Cádiz.—José María de Somonte, Bilbao.—Jorge Hodgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias. 60

ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS.

son Real privilegio exclusivo.

Los señores Huguet y Suñé ofrecen al público su establecimiento, calle del Arenal, números 19 1/2 y 23, y Plaza del Príncipe Alfonso (antes de Santa Ana), núm. 18, donde hallará grande surtido de camas de perfecta y sólida construcción, desde los precios más ínfimos á los más altos, fabricadas por un nuevo sistema y de mucha duración aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos, precisos en las casas, fabricados de hierro y otros

Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningún otro establecimiento de su clase. 8

Polvos Mayer para hacer tinta, mejorados últimamente por el único inventor de la Reina de las Tintas en París, premiado en todas las Exposiciones. Único depósito de los legítimos de Mayer, marcados con su estampilla para que no pueda confundirse con otros, calle de Tetuan, núm. 14, almacén de papel pintado, Madrid. 5

A los señores ingenieros y empresas constructoras.—Se vende una buena y variada colección de instrumentos topográficos y útiles de campaña y gabinete, en buen estado y bajo precio Calleza, 1, segundo. 2

Se traspasa un colegio de niños en un punto céntrico de esta corte. Darán razón, calle de San Marcos, núm. 10, barbería. 2